

He visto llorar a Gabo con sus personajes

MIGUEL VALERA HERNÁNDEZ

Me duele que Cuba cada día me duela menos
ELISEO ALBERTO

La rumba inundaba las calles desde el paseo del Malecón hasta el Zócalo. Era uno de esos días brillantes y coloridos, típicos del puerto jarocho. Cientos de visitantes disfrutaban el guaguancó, las africanías y el sabor caribeño que ese día se dio cita ahí.

Desde la alberca del remodelado Gran Hotel Diligencias podía observar el movimiento de las calles y el sabroso meneío de voluptuosas caderas, de cuerpos morenos y el sudor que escurría de los rostros en fiesta.

Pero mi mirada –no como la mirada pesimista de El extranjero de Albert Camus al observar la ruidosa calle argelina– se dirigió a un personaje que descansaba en las cristalinas aguas de la alberca: Eliseo Alberto.

Ya Luis Gastélum me había advertido de su presencia en el puerto y en ese legendario hotel. Esperé que terminara su güisqui en las rocas para acercarme al hijo de Eliseo Diego, el famoso poeta cubano que fuera calificado por Octavio Paz como “leyenda de la Literatura Latinoamericana”.

Su rostro rojizo, reflejo del ardiente sol y del natural efecto güisquero clavó su mirada en mí con descon-

cierto y desconfianza: “Dios quiera que exista Dios”, le dije, y su mirada se clavó inquisitiva en la mía y con una sonrisa me contestó “¿De verdad leyó La fábula de José”.

“Sí”, le respondí de inmediato. “Es un libro muy interesante, dramático, cargado de descripciones y escenas cinematográficas”.

“Soy periodista, añadí, me gustaría entrevistarlo”. Sonrió nuevamente. “Con gusto, pero quizá más tarde, porque ahora necesito descansar”. Me dio la hora, el número de habitación y quedamos de charlar en el luminoso lobby del hotel. “La fábula de José es mi libro preferido”, fraseó, mientras encaminaba sus pasos a la habitación.

Entre periodismo y literatura

Ganador de la primera edición del Premio Internacional Alfaguara de Novela en 1998 con *Caracol Beach*, Eliseo Alberto, licenciado en periodismo por la Universidad de la Habana, amigo cercanísimo de Gabriel García Márquez y autor de poemarios como *Importará el trueno*, *Las cosas que yo amo* y *Un instante en cada cosa*, y de novelas como *La fogata roja* y *La eternidad por fin comienza un lunes* (1992), así como del libro de memorias *Informe contra mí mismo* (Alfaguara, 1997), se ha ganado a pulso un firme lugar y espacio en el mundo literario de habla hispana.

Cargando, cada día con más pesar, el estigma del exilio y el dolor por la deprimente situación que vive la Isla, el escritor abrió a este reportero su archivo de memorias, sus avatares entre el periodismo y la literatura, y el dolor de saber que cada día Cuba le duele menos.

Ha navegado entre el periodismo y la literatura, entre la cruda realidad de la política y la ficción ¿cómo ha jugado en estos caminos entreverados?

Hay algunos escritores que dicen que periodismo y literatura es la misma cosa. Yo digo que no, tampoco pienso que un medio sea mejor que el género. El periodismo es un oficio precioso, sirve mucho para la literatura, quizá te sirva para la novela de testimonio, la novela policíaca que son grandes reportajes. Por ejemplo Norman Mailer se hacía un reportaje de 500 páginas y era un libro.

Eliseo Alberto nos confiesa que el género que más le gusta es el reportaje “porque le pongo mucha ficción”. “La diferencia entre periodismo y literatura es la ficción: lo que pasó y lo que pudo haber pasado”.

¿En el género del reportaje está más definido el umbral con la literatura?

Claro, porque hay diálogo, hay ficción, hay recreaciones. El periodismo sirve para muchas cosas, para las cuales quizás no sirve la literatura, y no sirve la literatura por la velocidad. El periodismo es muy rápido. Haces un libro sobre las muertas de Juárez y cuando sale el libro ya pasó, ya se resolvió o es peor todavía. Las muertas de Juárez sería estupendo para una serie de reportajes, y para eso es mejor la literatura de denuncia.

Tres nuevos libros

Soñoliento pero siempre vivaz, el autor de *La rueda dentada* que cada martes se publica en el periódico *La Crónica de Hoy* y autor de largos reportajes en *Nexos*, asegura que el periodismo es una de sus grandes pasiones.

Con nostalgia, me cuenta que *Informe contra mí mismo* –un libro polémico sobre las memorias de su generación en Cuba– logró que le dieran el título Honoris Causa de “gusano”. Y con ese libro inició prácticamente su exilio de la amada Cuba.

Me confiesa que *La fábula de José* es su libro más querido y nos revela que a finales de 2004 dará a luz tres libros más: “Soy un escritor lento en comparación con los bestsellers que publican un libro cada 3 meses”.

Dice que esos tres libros han sido muy difíciles.

El primero se llama *Dos cubas libres* y es una especie de continuación de *Informe contra mí mismo*. “Es un libro también sobre Cuba”, señala.

El segundo es una novela también habanera: *Esther* en alguna parte.

Y el tercero es *La novela de mi padre*. “Un libro muy triste que en realidad mi padre empezó a escribir cuando era joven. La mitad de la novela es de mi papá con 18 años y la segunda mitad es su hijo con 52. La novela de



Alberto Calzada

mi padre es un homenaje a mi padre, un gran poeta cubano, el verdadero Eliseo Diego, porque yo soy el falso”.

Carpintería de la narración

Cercano colaborador de Gabriel García Márquez en talleres de redacción y periodismo, guionista excepcional que trabajó con la productora Argos las series televisivas *La vida en el espejo* y *Nada personal*, nos cuenta del gran bagaje experiencial que le ha dejado trabajar al lado del Premio Nobel de Literatura.

¿Se puede realmente enseñar a escribir?

No. Lo que se puede enseñar es cómo otros escribieron bien. No enseñarte a escribir a ti, sino enseñar, por qué es bueno este efecto y por qué es malo este otro. Se puede enseñar a pensar con otras libertades, pero siempre poniendo ejemplos, siempre eligiendo a los modelos buenos y a los modelos malos. No creo que se aprenda a escribir. Se aprende a leer si se enseña a leer. Un periodista adulto que a los 60 años nunca leyó Pedro Páramo pues está jodido. No hay mejor escuela de escritura que una escuela de lectura

Nos cuenta de los talleres que organiza. Se llaman Carpintería de la narración.

“He colaborado en muchos talleres de cine y literatura con Gabriel García Márquez. He tenido la fortuna de escribir 3 mil páginas a cuatro manos con Gabo en temas de películas y he aprendido mucho con él, porque todo es carpintería.

Gabo y la célula esencial de un párrafo

Gabo es muy meticuloso y escribe con una corrección extraordinaria porque utiliza normas muy simples. Escribe con una corrección extraordinaria porque la célula esencial de un párrafo, de un libro, de una novela, es la oración, y él liga cada oración con oración de una manera muy inteligente: el sujeto, el verbo, el predicado, los tiempos verbales, el uso de los verbos irregulares para evitar la cacofonía

Nos lanza una anécdota de trabajo carpintero: “Un día estaba escribiendo la novela aquella *La eternidad* también comienza un lunes. Trabajaba en una oficina al lado de él en La Habana y ahí en dos minutos me dio una clase. Me dijo: en qué tiempo estás escribiendo: en pasado, en tercera persona. ¿Cómo se llama el personaje? Una se llama Anabel y otra se llama Aruba. ¿Cómo le dices a Anabel? Bueno Anabel unas veces, otras veces la modelo, la muchacha, la trapecista, según... y me dijo: dos maneras, Anabel y la trapecista; no le digas la modelo, la muchacha, Anabel, porque la gente se confunde”.

García Márquez siempre le insistió que las oraciones nunca empiezan con verbo, siempre con artículo “y en el uso de formas verbales y palabras siempre hay que escoger con cuidado, como en la carpintería, porque ningún mueble es de una sola pieza”.

¿Qué más le ha dejado la cercanía con Gabriel García Márquez?

Una dura disciplina. En mi vida nunca he conocido a nadie más trabajador que García Márquez e incluyo a todos los trabajadores, albañiles, carpinteros, sepultureros, políticos, todos los oficios.

He visto llorar a Gabo al matar sus personajes

“Gabo se levanta todos los días muy temprano y se pone a trabajar en función de lo que está haciendo. Estudiando, leyendo, buscando datos. De 7 a 14 horas siempre está encerrado en su estudio y nadie puede entrar, está trabajando y esa es una enseñanza muy grande.

“He estado temporadas largas con él y verlo trabajar es para mí muy motivador. Es mi maestro y sé con qué rigor asume la tarea, con qué profundidad.

“He visto a Gabo llorando porque ha matado a algún personaje. Lo he visto a las 4 de la mañana bajar las escaleras de su casa, envuelto en una colcha, para ir a su estudio, porque ese día se le había ocurrido, había soñado, había visto, el final de *El amor en los tiempos del cólera*. Ese día estaba desvelándome en la sala y me dijo



María Emilia Benavides

la frase: 'fueron felices toda la vida'. Le dije: "Eso no se le puede olvidar, así terminan los libros". "Pues sí, pero tengo que escribirlo", me contestó.

Envuelto en un mar de recuerdos y anécdotas, Eliseo Alberto me dice que de su padre Eliseo Diego aprendió el amor de la palabra "y Gabo me enseñó a cultivar ese amor".

"Gabo cuando está escribiendo una novela sólo lee poesía española, porque ahí está la fuente, la sonoridad, las palabras olvidadas y en eso él es un genio".

Cuba, la libertad y el exilio

Le abordo un tema difícil. Lo noto en su mirada, en el dolor de su rostro, en nostalgias proclamadas.

¿Qué hay de la política y la literatura, qué con Cuba y su exilio?

Aclara que siempre ha pretendido poner los textos políticos fuera de los de ficción. "Hay muchos escritores que dejan que sus novelas se contaminen por una voca-

ción política pero a mi no me gusta".

Sin embargo, me cuenta que Caracol Beach es la historia de un desertor del ejército con posibilidades de regresar a la Isla, lo mismo que en La fábula de José.

Habla de la literatura que se escribe en Cuba: "La literatura que se hace en la Isla a veces o casi siempre es más ingeniosa que la del exilio, porque un escritor del exilio quiere decir que Fidel Castro es un hijo de puta y escriben Fidel Castro es un hijo de puta o un canalla, por qué, porque no tienen mie-

do y escriben libre, pero la libertad no significa mucho literariamente. Los otros tienen que inventar una isla imaginaria, un dictador imaginario, un mundo imaginario para

entre líneas poder decir que un hombre que lleva 45 años en el poder es un canalla".

Revela su amor por Cuba: "Yo siempre digo que nadie quiere más a Cuba que yo. Miles, millones lo pueden querer igual, pero más no".

Pero pone el dedo en la llaga: "Te voy a decir la verdad y me duele. Cada día me doy cuenta que pienso menos en Cuba. En mis columnas semanales hablo menos de Cuba. Cuba es un dolor como no te imaginas, pero he reducido mis penas sobre Cuba. Me duele que me duela menos".

Inevitable la transición

Con 15 años de radicar en México con su hija –como padre soltero, indica– asevera que se siente alejado de Miami al igual que de Cuba. Dice que la transición en Cuba es inevitable.

"Fidel Castro fue en su temprana temporada de poder una esperanza para Cuba pero las revoluciones no

la hacen los hombres sino los pueblos. En Cuba se dieron hazañas, conquistas sociales en la lucha contra la pobreza y la desigualdad, pero Fidel se equivocó.

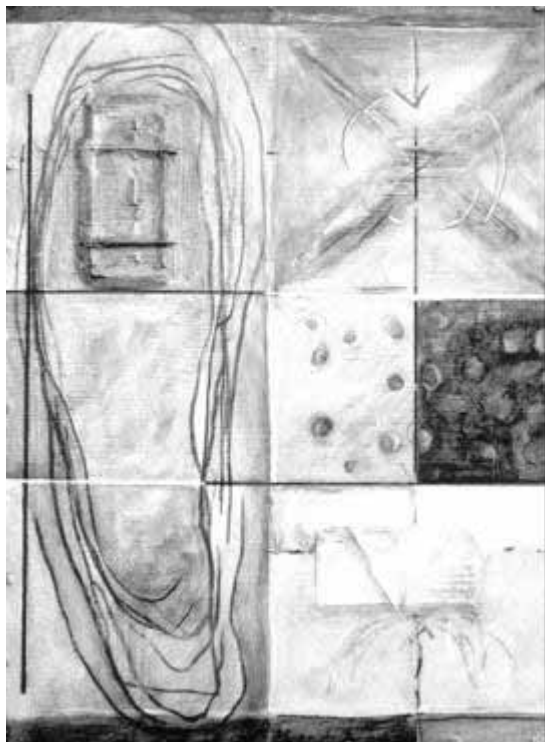
La solución que encontró –por su soberbia– fue repartir entre todos la pobreza y eso suena bonito, casi cristiano y lo que hay que repartir es la riqueza no la pobreza.

“Fidel se propuso que cada cubano tuviera un pan y no es una metáfora sino un hecho, un pedacito.

“No se trata de repartir un pan entre cada cubano sino repartir cien panaderías en Cuba, en cien familias o cien grupos de obreros y que ellos hicieran pan.

“Los que hicieron la Revolución acabaron desconfiando de lo mejor que hicieron. Lo mejor que hicieron fueron las gentes, esos muchachos de mi generación para abajo. Entonces éramos unos niños cuando ganó la Revolución, pero después fuimos gente de gran utilidad, de gran conocimiento y Fidel acabó desconociéndonos”.

Me cuenta una trova del cubano Carlos Varela: Cuando los hijos del legendario suizo Guillermo Tell crecieron un día uno de ellos le dijo a su padre: Papá ponte la manzana que me toca disparar a mí. El viejo Guillermo



Juan Ramón Lemus

se negó: no, no lo hagas hijo. ¿Por qué no papá? Cuando yo era un inocente niño confié ciegamente en ti y me puse la manzana en la cabeza para que dispararas la flecha. Confié en ti porque eras el mejor arquero de la comarca. Ahora el mejor arquero soy yo, gracias a ti que fuiste mi maestro. Papá ponte la manzana que me toca disparar a mí. Y el papá se negó.

Cuba y el cansancio que provoca un duende

Esto es lo que sucede en Cuba, señala Eliseo Alberto.

“Se hizo la Revolución cubana y produjo –como diría Pablo Milanés– ‘el profundo cansancio que provoca un duende’. Eso es imperdonable, aparte de todas las injusticias, todos los caprichos, todos los abusos y todas las descalificaciones que el gobierno cubano ha hecho con su propia gente.

“Martí, al que los cubanos citamos cada cinco minutos y a mi cada día me cae más mal, dijo una buena frase: ‘El respeto a la opinión ajena, aún de la persona más infeliz ese es mi fanatismo. Si muero o me matan será por eso’.

“A Fidel le gusta citarlo tanto que nunca cita esa frase, como tampoco cita aquella cuando Martí se encabrona con el General Máximo Gómez y Antonio Mateos que era un negro soberbio y le escribió una carta y le dice: ‘General: Un país no se manda como se manda un campamento’. Y esto también se le olvidó a Fidel, que ha dirigido Cuba 8 sexenios”.

El dolor, la nostalgia y la patria con arroz

“Cuba es un dolor. He hecho una reducción de la Nación. Odio la palabra Patria. Siempre coincidido con algunos amigos que han dicho que sería mejor decir Matria en vez de Patria. “Para mi Cuba hoy por hoy es un enorme dolor en el pasado que me duele que me duela menos que un plato de comida.

“Yo todos los días me como la patria, unos frijolitos con arroz, carnita de puerco, unos platanitos fritos, una cervecita, eso es Cuba”, concluye Eliseo Alberto. ■